

Cuaresma, llamamiento a la verdadera reconciliación

Cuarto domingo de Cuaresma
25 de marzo de 1979

2 Crónicas 36, 14-16.19-23
Efesios 2, 4-10
Juan 3, 14-21

Queridos hermanos, estimados radioyentes:

Una Cuaresma bien vivida puede ser la salvación de nuestro pueblo. Por eso, este cuarto domingo de Cuaresma lo celebramos con una nueva esperanza. Cuando parece que todo está perdido, está flotando el espíritu de Dios, su palabra, haciendo llamamientos, dándonos orientaciones que son verdaderamente nuestra salvación. No olvidemos que la Cuaresma es un caminar hacia la Pascua. La perspectiva de la Cuaresma es Cristo resucitado ofreciéndonos una vida nueva; Cristo, que después de haber pagado con su cruz, con su pasión, las miserias del hombre y del pueblo, nos está ofreciendo una vida mejor. No lo despreciemos. En este caminar hacia la Pascua, obedezcámoslo.

En el Concilio Vaticano II, la Iglesia actual dice: “Es la persona del hombre la que hay que salvar; es la sociedad humana la que hay que renovar. Es, por consiguiente, el hombre, pero el hombre todo entero, cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad”. ¿Quién no se siente aquí arropado por una gran esperanza como hombre, como familia, como pueblo? Dios nos está ofreciendo en esta Cuaresma una salvación. No es solamente una ley, como lo meditamos el domingo pasado, un

moralismo; es, sobre todo, un amor. ¿Quién no se mueve por amor? El amor a Cristo, que dio su vida por mí, es el mejor motivo para vivir santamente, para agradar a Cristo. ¡Ah, si todos los hombres nos dejáramos arrebatados de ese amor que se entregó por nosotros!

Pero en las lecturas de hoy, el amor de Dios, que nos está llamando desde hace cuatro domingos con modalidades nuevas, se nos presenta hoy como un llamamiento a la reconciliación. Y así voy a llamar a esta homilía del cuarto domingo de Cuaresma: *Cuaresma, llamamiento a la verdadera reconciliación*. Y voy a desarrollar mi pensamiento en estas tres ideas: primero, Babilonia, símbolo de una alianza rota, pero también de un llamamiento a la reconciliación y a la esperanza; segundo, la reconciliación con Dios en Cristo. Las lecturas de hoy nos ofrecen una verdadera teología de la historia, bajo ese título, una reconciliación con Dios en Cristo Jesús. Y el tercer pensamiento, ricamente contenido en el Evangelio y en San Pablo hoy, los dos grandes sacramentos de la Cuaresma: el bautismo y la penitencia como caminos de reconciliación.

Babilonia, símbolo de una alianza rota, pero también de un llamamiento a la reconciliación y a la esperanza

Babilonia, símbolo de una alianza rota y, al mismo tiempo, profecía de una reconciliación que Dios nos ofrece después del pecado. Yo quisiera, hermanos, que no se desligaran los domingos de Cuaresma que vamos meditando. La Iglesia nos ha ido proponiendo como los hitos, los mojones de la historia de nuestra salvación.

Gn 9,8-15

Recordarán el primer domingo: Noé. La alianza de Dios con Noé, el arcoíris, un llamamiento de Dios para usar bien la naturaleza, para conservarla, para no abusar de ella, para que los bienes que Dios nos ha dado en la creación lleguen a la felicidad de todos. Es una reconciliación cósmica, una alianza del hombre con el universo, como el arcoíris que abarca de un lado a otro de nuestra tierra.

Gn 22, 15-18

El segundo domingo ya no es la naturaleza entera, es un pueblo selecto: alianza de Dios con Abraham. De ese hombre, anciano y sin hijos, Dios saca milagrosamente un pueblo tan numeroso como las estrellas del cielo y las arenas del mar. La fe

de Abraham, modelo de todo el que quiera hacer alianza con Dios. La fe que se entrega y “cree contra toda esperanza”. ¡Cuánto necesitamos ese segundo capítulo de nuestra Cuaresma de 1979: una fe como la de Abraham!

Rm 4, 18

El tercer capítulo de nuestra historia en esta Cuaresma ha sido Moisés. El domingo pasado, Moisés en el Sinaí ya no es simplemente Abraham como una promesa de un gran pueblo; ya es la realidad. Han pasado cuatro siglos y Abraham está representado en aquella muchedumbre que ya camina hacia la tierra de promisión. Como pueblo, tiene que hacer una alianza con Dios, tiene que responder a tantos privilegios que Dios hizo con él en el desierto y a través de toda su historia, y entonces la respuesta tiene que ser el cumplimiento de este decálogo. En diez palabras, en diez preceptos, Dios ha encauzado todas las relaciones de los hombres con Dios y de los hombres entre sí. La alianza tiene una ley y desde ese momento comienza una nueva fase en la historia de la salvación que se llama la era mosaica, o sea, Moisés le da característica, ley, orientación a un pueblo del cual San Pablo va a decir: “La ley no basta, la ley puede ser letra muerta. Esa ley vale porque lleva la promesa de un hombre redentor. Es Cristo el que le da sentido a la ley”.

Ex 20, 1-17

Rm 4, 13-17

Pero en ese tiempo mosaico, en ese tiempo de la ley —abarca varios siglos—, suceden cosas muy buenas, pero también muy malas. Y así la Sagrada Escritura nos coloca hoy en otro hito de la historia: Babilonia. ¿Qué es Babilonia? Es la ruptura de la alianza, es un pueblo que ha merecido el castigo del destierro por no haber sido fiel a Dios, es un pueblo agobiado, casi desesperado, un pueblo para el cual parece que ya no existe Dios. Y sin embargo, a ese pueblo amilanado, quebrantado, los profetas anuncian esperanza y salvación. Y por eso, Babilonia, a pesar de ser la figura del pueblo que ha abandonado a su Dios y está castigado, es también la figura de un pueblo que se va a recuperar.

Para nosotros, este lenguaje es sumamente interesante. Hay muchos que en El Salvador dicen: “¡Ya no hay remedio! ¿Quién va a creer en el amor?”. ¡Caminos de violencia: secuestros, huelgas, odios, crímenes, represiones! Como que nos ha hecho el Señor para entendernos a garrotazos. Dios nos ha hecho como imagen de su amor y, aunque el ambiente se ha tornado de garrote, no es eso lo que Dios quiere.

Sobre esta Babilonia brilla el amor y brilla la esperanza. Pero es necesario reconocer, como lo hace la primera lectura, el pecado que rompe la alianza. ¡Qué tremendo el autor del libro de las Crónicas! Es un libro que se escribió como para suplir ciertos vacíos en los libros históricos, donde se narran cosas o se amplifican cosas que no están o están muy pequeñas en otros lugares. Y con qué franqueza describe la situación de esa hora mosaica en que los fariseos, los dirigentes civiles y espirituales del pueblo han hecho de la religión un legalismo, hasta una hipocresía; la que va a fustigar Jesucristo cuando venga. Dice así en la primera lectura: “Todos los jefes de los sacerdotes y el pueblo multiplicaron sus infidelidades, mancharon la casa del Señor. El Señor, Dios de sus padres, les envió profetas, lleno de compasión; pero ellos se burlaron de los mensajeros de Dios, despreciaron sus palabras”. Esto hizo el pueblo predilecto de Dios. Así respondió a la alianza del amor, con el desprecio, el pecado.

2 Cro 36, 14-16

Y en las otras lecturas de hoy, aparece también esta triste situación del hombre con Dios. Dice el Evangelio, en labios de Cristo: “Los hombres prefirieron las tinieblas a la luz para no verse acusados por sus obras”. Y San Pablo, en la segunda lectura, una figura más trágica: “Estábamos muertos por los pecados”. Son pinceladas negras de la historia de los hombres. Dios, dándonos una ley para salvarnos, dándonos profetas para orientarnos, dándonos amor, creándonos por amor, haciendo alianzas de salvación; y los hombres, volviéndole la espalda, rompiendo la alianza, desobedeciendo a Dios, creyendo más en las tinieblas, en la represión, en los ídolos dinero, en el ídolo política. “Todo menos Dios. ¡Aquí Dios no cabe!”. Este es el pecado. Prefirieron buscar por sus propios caminos la felicidad que Dios les señalaba por el único camino.

Jn 3, 19

Ef 2, 1-5

¿Cuándo vamos a comprender, queridos hermanos —yo el primero entre todos ustedes, pecador—, que son nuestros caprichos los que van a dar la solución de la verdadera felicidad?¹ ¿Cuándo vamos a comprender que “solo Tú, Señor, tienes palabras de vida eterna”? Nunca es tarde para el amor de Dios. Pero

Jn 6, 68

¹ Así se oye en la reproducción magnetofónica de la homilía; pero, sin duda, monseñor Romero quiso decir lo contrario: “[...] que *no* son nuestros caprichos los que van a dar la solución de la verdadera felicidad”.

Dios, dice la primera lectura: “Hasta que ya no hubo remedio”. Entonces viene la revancha de Dios. ¡Qué cosa tremenda cuando Dios se vale de ciertos hombres no para ser bendición del pueblo, sino para ser azotes del pueblo. Nabucodonosor es la figura del hombre instrumento de Dios para humillar, para pasar su bota sanguinaria sobre el pueblo. No pensemos que la represión, la tortura, el atropello por el dinero, la explotación del hombre por el hombre la están haciendo solo los hombres. Dios coge como azotes de la humanidad a esos hombres. ¡Pobrecitos!, porque les parece que están triunfando, como el azote le parece que está triunfando cuando está castigando; pero llega la hora en que el azote —dice la Biblia— es también echado al fuego. Pero, ¡qué triste papel en la historia ser hombre azote!

2 Cro 36, 16

¿Qué hicieron estos hombres azotes bajo el comando de Nabucodonosor en la tierra pecadora de Dios? Oigan bien esta página de hoy: “Incendiaron la casa de Dios, derribaron las murallas de Jerusalén, pegaron fuego a todos sus palacios, destruyeron todos sus objetos preciosos y, a los que escaparon de la espada, los llevaron cautivos a Babilonia —figura del castigo—, donde fueron esclavos del rey y de sus hijos, hasta la llegada de un salvador”.

2 Cro 36, 19-20

Fijémonos en esta hora tremenda del castigo. Es la hora que está viviendo El Salvador. Es la hora de los capataces y de los que imponen sus caprichos, de los que dan leyes, de los que se sienten dueños de la vida y de las haciendas. ¡Pobrecitos, no saben que son azotes de Dios! Es la hora en que Dios está abatiéndonos y casi surge, del corazón del hombre abatido, la queja: “¿Acaso existe Dios?”. Porque, para colmo, vemos cómo los que están felices no adoran a Dios, sino que están de hinojos ante sus falsos ídolos. Y creemos que puede más el dinero que el Dios verdadero, que puede más el poder de los déspotas que el hombre que salva, que el Dios verdadero que nos ama. Viene la tentación de la desesperación, como dijo el Papa hablando de la violencia: “La tentación de la violencia”. Hay muchos caídos también en esta tentación: los que creen que van a encontrarle la salida al país por caminos de sangre y de odio. ¡Por allí no hay salida! Mientras se ensangrienta más, mientras hay más miembros doloridos por la tortura, mientras hay familias que lloran el atropello de los poderes, es Dios que está valiéndose de esas cosas para castigar, como con un azote, pero no es la última palabra.

PP 30

Entonces llega la última palabra, es Dios que vuelve a hablar. Ya alborea en las palabras de la primera lectura una redención, que, en la segunda lectura y en el Evangelio, se presenta como el sol en su cenit. ¡Cosa prodigiosa! Un rey pagano, de Persia, se llamaba *Ciro*, *Ciro II*, adonde llegaron las crueldades de Babilonia. Él, lo llama la Biblia “instrumento de Dios”, lo llama “ungido de Dios”. ¡Cómo debió escandalizar, a los hipócritas judíos que no obedecieron a Dios, que un hombre no judío, un pagano, fuera llamado por el espíritu de Dios el “ungido de Dios”! Es un ser misterioso; y dice la primera lectura: “Este *Ciro*, rey de Persia, en cumplimiento de la palabra del Señor, por boca de *Jeremías*, movió el Señor el espíritu de *Ciro*, rey de Persia, que mandó publicar de palabra y por escrito en todo su reino: ‘Así habla *Ciro*, rey de Persia: El Señor, el Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra. Él me ha encargado que le edifique una Casa en *Jerusalén*, en *Judá*’. Se dirige ahora a los desterrados de Babilonia: “Quien de entre vosotros pertenezca a ese pueblo, isea su Dios con él y suba!”. ¡Qué palabra liberadora más bella cuando un pagano tiene más misericordia, muchas veces, que los mismos correligionarios!

Is 45, 1

2 Cro 36, 22-23

En el salmo responsorial, que todos hemos respondido hoy a la palabra de Dios, se mencionó el salmo 136. Era el salmo de los israelitas cautivos en Babilonia. Nuestro 15 de septiembre podía ser como nuestro himno nacional, este salmo de libertad, de una libertad parecida a la del *quetzal* guatemalteco, que dicen que no puede vivir prisionero porque, si está preso, se muere. Los judíos, encadenados junto a las orillas de los ríos de Babilonia, oían a sus enemigos, a sus capataces: “Cántennos un cantar de aquellos de su religión en *Judea*”. Y los judíos decían: “¡Cómo vamos a cantar un cantar en tierra ajena! ¡Que se me pegue la lengua al paladar si yo cantara con alegría en el destierro!”. Suspiraban por su patria, anhelaban la hora del retorno, lloraban sus pecados, por los cuales habían sido llevados. Y la hora llegó cuando un rey pagano, inspirado por Dios, da ese edicto: “Queda terminado el cautiverio; si alguien se siente súbdito de ese Dios, suba a *Jerusalén*; quedan libres las fronteras, váyanse”. Y hasta los acompañaban para ir a construir, a reconstruir el templo que destruyeron los azotes del Señor.

Sal 137, 3b-6

2 Cro 36, 23b

Miren cómo Dios ocupa a los hombres para castigar y ocupa a los hombres para liberar. El Dios de la historia juega con la

historia. No somos los hombres los que hacemos nuestro capricho. Es Dios el que se vale de las malas conciencias para castigar horriblemente, con castigos de infierno, a los pueblos. Es Dios el que se vale de los hombres buenos, aunque sean paganos, aunque no tengan fe cristiana. Esos hombres son instrumentos de Dios para salvar, para dar amor, para dar aliento, para dar esperanza.

¿Qué quisiéramos ser nosotros, hermanos, en esta hora del pueblo salvadoreño: azotes o esperanzas? La Iglesia se alegra de ser esperanza del pueblo, así como lamenta y reprocha esos actos de azote de los déspotas de nuestro pueblo. La Iglesia es la voz de la profecía en medio del destierro y de Babilonia. Babilonia fue la figura de todos los pueblos. ¿Qué pueblo no ha pecado? Seamos humildes y reconozcamos lo que dice la primera lectura: “Los jefes de los sacerdotes y el pueblo multiplicaron sus infidelidades”. Allí está la explicación. Por eso, les decía que una Cuaresma en que, comenzando por nosotros los sacerdotes y todos ustedes, el pueblo, nos convirtiéramos de verdad, oyéramos, como se oye en un destierro, el llamamiento de la patria querida; encontraríamos esa salvación que anhelamos.

2 Cro 36, 14

La reconciliación con Dios en Cristo

Llega con Ciro, como una figura, la redención. Aquí está mi segundo pensamiento: la reconciliación con Dios en Cristo Jesús. Es como un drama en tres actos. Todo comienza en el amor de Dios, todo tiene su realización en el sacrificio de Cristo y todo se hace mío en mi fe. Dios, Cristo, cada uno de nosotros: ese es el camino de la verdadera reconciliación.

Todo arranca del amor de Dios. Ya vimos cómo, en la primera lectura, se menciona cómo fue el Señor, el que movió el espíritu de Ciro. Dios es el que inspira trazos de amor aun en los corazones que no tienen fe. ¡Cuántas veces, hermanos cristianos, los no cristianos tienen más misericordia que nosotros porque Dios les ha inspirado ese sentido de salvación y de amor! Pero esa inspiración, que en forma misteriosa y profética le dio el Señor a Ciro, rey de Persia, se presenta ya sin figuras, se presenta, diríamos, cara a cara en la revelación del Nuevo Testamento. ¡Con qué ternura debemos de recibir hoy esta palabra de San Pablo a los efesios!: “Dios, rico en misericordia por el gran

2 Cro 36, 22

Ef 2, 4

amor con que nos amó...”. De allá arranca todo. No somos nosotros los que hemos atraído la redención de los hombres. Es que dice San Pablo: “Estando muertos por nuestros pecados, nos ha hecho vivir con Cristo”. Cristo se acerca a un muerto para resucitarlo, no es porque el muerto lo llama; el muerto ya no vive, ya no siente, pero la misericordia del Redentor le devuelve la vida. Así es Dios. A una humanidad muerta, insensible, injusta, pecadora... La humanidad ya ni piensa en Él, pero Él sí piensa, como cuando dice en Isaías: “¿Puede una madre olvidarse de su hijo?”. Parece imposible; sin embargo, dice: “Aun cuando una madre se olvidara de su hijo, yo no me olvidaré de ustedes”. ¿Quién no siente toda su vida, por más complicada que se sienta, como arropada de una gran ternura? No voy solo, hay alguien que piensa en mí más íntimamente que yo mismo. Dios me ama.

Y en el Evangelio, el mismo Cristo, que ha aprendido en el seno de la eternidad los sentimientos de Dios, nos dice, en el Evangelio de hoy, una palabra que debía de estar vibrando durante toda nuestra Semana Santa: “Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en Él, sino que tengan vida eterna”. Todo arranca del amor de Dios. Si Cristo vino a ser salvador de los hombres, fue iniciativa del Padre. “Tanto amó al mundo que le envió a su propio Hijo. Vete hijo, hazte hombre, hazte compañero de su historia, introdúctete en sus mismas miserias, carga sobre tus espaldas los pecados de todos los hombres, sube con ellos al Calvario, y en tu crucifixión yo miraré la reparación de todos los pecados”.

Hubo una figura bellísima, mientras Moisés conducía al pueblo por el desierto, y esa figura la recuerda Cristo en el Evangelio de hoy. “Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en Él tenga vida eterna”. ¿Qué fue esto de la serpiente? Dicen que cuando los israelitas, conducidos por Moisés, se adentraban ya en el camino pesado del desierto, murmuraron contra Moisés. ¡Qué difícil es conducir un pueblo! Prefieren muchas veces la esclavitud de Egipto: “Allá estábamos mejor, las ollas, los ajos, las serpientes; todo aquello de Egipto era más bonito que este desierto, donde nos estás matando de hambre y de sed”. ¡Qué cuesta que el pueblo comprenda el camino de la liberación! Muchas veces, son aquellos por quienes se tra-

baja más los que menos comprenden el esfuerzo de amor que inspira ese sacrificio y que pide sacrificio de colaboración. Esta murmuración fue castigada en el desierto. Aparecieron unas serpientes venenosas que mordían y el que era mordido de la serpiente moría. Ante esta calamidad, corrieron a Moisés a contarle lo que estaba pasando. Moisés, como de costumbre, ora al Señor y el Señor le da la respuesta: “Construye una serpiente de bronce, levántala en un palo; todo aquel que mire con fe la serpiente quedará libre de la ponzoña de esas serpientes venenosas”. Esta es la imagen de Cristo crucificado, que Cristo recuerda ya realizándose en Él. Así como Moisés levantó la serpiente y todo el que la miraba se libraba de aquellas mordeduras, así el que vea al Cristo crucificado con fe será libre también, porque el Hijo del hombre ha venido a dar su vida para la salvación del mundo.

Nm 21, 6-9

Jn 3, 14-15

Yo quisiera recoger, en esta mañana, ese misterio que se llama el misterio pascual, o sea, el misterio de la muerte y de la resurrección de Jesucristo; porque para allá caminamos en la Cuaresma, para celebrar el misterio de la muerte y de la resurrección del Señor. El Sábado Santo en la noche es la gran noche del misterio pascual. Yo quisiera que todos los que hemos seguido esta Cuaresma, este peregrinar espiritual de la historia de Dios con su pueblo, la fuéramos a terminar en esa noche luminosa. Hago un llamamiento, especialmente a los jóvenes, para que esa noche miremos con fe al Cristo resucitado, levantado en alto, más que la serpiente en el desierto, con todo el mérito de su cruz para dar salvación, vida nueva a cada uno de los salvadoreños y a todo El Salvador en general.

Este es el misterio de la reconciliación. No importa el pasado. No importa cómo estemos de hundidos en nuestra situación económica, social o política. No importa lo que hayamos odiado. No importa lo violentos que hayamos sido. Ni siquiera importa tener las manos manchadas de secuestros, de sangre, de torturas. Ojalá esta voz estuviera llegando a esos lugares donde Dios está usando su azote, valiéndose de hombres sin corazón y sin conciencia, para que el Señor tenga misericordia de ellos y anhelan, en esta Pascua, no ser más el triste papel de azote de Dios, sino convertirse* en palabra de esperanza.

Sí, queridos hermanos, desde el señor presidente hasta los policías, todos los que constituyen ese orden bajo el cual nuestro pueblo se siente tan miedoso, tan tímido, no sean azote de

Dios; sean gobierno de esperanza, sean cuerpo de seguridad, sean hombres del orden, sean verdaderamente instrumentos de Dios para la liberación de nuestro pueblo. No usemos, queridos capitalistas, la idolatría del dinero, el poder del dinero para explotar al hombre más pobre. Ustedes pueden hacer tan felices a nuestro pueblo si hubiera un poquito de amor en sus corazones. ¡Qué instrumentos de Dios serían ustedes con sus arcas llenas de dinero, con sus cuentas bancarias, con sus fincas, con sus terrenos, si no los usaran para el egoísmo, sino para hacer feliz a este pueblo tan hambriento, tan necesitado, tan desnutrido!.*

Y esto no es demagogia para arrancar aplausos. Es que el pueblo siente y ama, ama también a los que lo azotan, ama también a los que lo explotan. Nuestro pueblo salvadoreño no está hecho para el odio; está hecho para la colaboración, para el amor, y quiere encontrar fraternidad en todos los sectores que constituimos un pueblo tan bendecido de Dios, que ha recibido de Dios bienes tan abundantes, pero que se hacen causa de tanta tristeza por la mala distribución, por el pecado de los hombres.

Vida de la Iglesia

En este ambiente —y antes de terminar esta homilía con el tercer pensamiento, que habla del bautismo y de la penitencia como dos sacramentos cuaresmales—, yo quiero hacer un llamamiento a los bautizados y a todos los que necesitamos el sacramento del perdón, para que en esta Cuaresma reconciliemos con Dios. Y para que se vea la gran necesidad de esto, es aquí donde yo hago un paréntesis, que es más bien como la encarnación de la palabra de Dios en nuestra semana.

Esta Iglesia, instituida por Jesucristo para ser la presencia de Dios, más que Ciro para los desterrados de Babilonia, más que Moisés con los peregrinos del desierto, es Cristo mismo dándonos perdón y esperanza. Esta Iglesia es a la que yo trato de servir, queridos hermanos, cuando doy aquí noticias de carácter eclesial, que son las primeras que me preocupan porque son mi Iglesia, mi pueblo de Dios, al que yo pertenezco y al que sirvo como pastor. Yo no soy político, yo no soy sociólogo, yo no soy economista, yo no soy el responsable para dar solución a la economía y a la política del país. Ya hay otros, laicos, que tienen esa tremenda responsabilidad. Desde mi puesto de pastor yo

solo hago un llamamiento para que sepan usar esos talentos que Dios les ha dado; pero, como pastor, sí me toca —y esto es lo que trato de hacer— construir la verdadera Iglesia de nuestro Señor Jesucristo. Por eso, siento la alegría de toda esta catedral llena de fieles. Y yo quisiera que todos los que a través de la radio oyen —no como políticos ni como curiosos ni perseguidores, sino como católicos que están tratando de aprender el mensaje de su pastor, para orientarse en la construcción de la verdadera Iglesia— nos decidiéramos, queridos católicos, a hacer de nuestra Iglesia el verdadero pueblo de Dios, antorcha luminosa que ilumine los caminos de la patria, fuerza de salvación para todo nuestro pueblo. Seamos Iglesia.

Por eso, mi primera mirada, en esta perspectiva eclesial, siempre se dirige al Papa, centro de la unidad de este pueblo de Dios. Y qué gusto me da ver todas las semanas un gesto, una palabra de orientación a la Iglesia que yo trato de seguir. Yo soy el más necesitado del Papa. Yo no puedo prescindir del Papa. Y le doy gracias a Dios que toda mi vida sacerdotal la he querido caracterizar por una solidaridad y fidelidad al Santo Padre, al representante de Cristo. Mis ojos están fijos en él. Jamás pienso traicionarlo.

El Papa ha hecho un gesto precioso para América Latina: esta semana ha aprobado el documento de Puebla. En una...*. Y en su carta, que él escribe a los obispos de América Latina, dice que se trata de un documento que, sin duda, estimulará la evangelización auténtica en el presente y en el futuro, “que fortalece —dice— la vigorosa unidad de la Iglesia latinoamericana en su identidad específica y en la voluntad de responder a las necesidades y a los retos de este continente”². Es precioso ver cómo el Papa, desde su magisterio universal, cuando se dirige a una región como que está pensando solo en esa región. Y dice de la “identidad específica de América Latina”, como para decir: ustedes tienen un modo muy latinoamericano, ustedes son muy especiales, la Iglesia de ustedes tiene un modo de ser que no es la Iglesia de Europa ni de África ni de otra parte. Traten de descubrir cada vez mejor esa su identidad latinoamericana de su Iglesia y vívanla con sus problemas, con sus necesidades, con sus

² Cfr. Mensaje de Juan Pablo II a los obispos de América Latina (23 de marzo de 1979), *L'Observatore Romano*, 1 de abril de 1979.

retos. “Toca a los obispos —dice el Papa—, trasladar su contenido —del documento de Puebla—, a sus comunidades locales, que ojalá muy pronto estén infundidas del espíritu de Puebla”³. Quiera Dios, hermanos, que con el documento de Puebla no vaya a pasar lo de los documentos de Medellín, que todavía hay gente que sospecha si se trata de unos documentos comunistas. Puebla no es otra cosa que un paso adelante de Medellín. Y quienes no habían dado el paso de Medellín, quienes todavía están pensando que Medellín va a ser quitado del puesto, tienen que avanzar sobre Medellín y caminar por Puebla; porque no hay otro camino para encontrar la identidad, la problemática de la Iglesia que peregrina aquí, en América Latina, con estos problemas nuestros. Es natural que todos aquellos que se sienten azote de Dios y quisieran siempre estar azotando a nuestro pobre pueblo no quisieran que existiera un Dios que ya les comienza a anunciar: “¡Cuidado!, porque el azote será echado al fuego, cuando el pueblo busque también unas soluciones más justas de sus problemáticas”.

Otro rasgo bonito del papa Juan Pablo II es el discurso que le dirigió al embajador de Bolivia. Ratificó el Papa la predilección de la Iglesia “por los más necesitados, suscitando en ellos esperanzas fundadas de promoción de sus condiciones de vida religiosa, social y cultural. Y deseo —dijo el Papa—, que este compromiso evangélico sea apreciado y sostenido por quienes sientan los imperativos de una sociedad cada vez mejor”⁴. Ven, la Iglesia de los pobres no es una Iglesia de demagogia; es una Iglesia que, desde el Papa y desde el Evangelio, encuentra sus preferencias y su trabajo por los más necesitados, porque desde allí tiene más fuerza para reclamar la conversión de todos los hombres, que no se salvarán mientras no se conviertan a aquella palabra de Cristo en el juicio final: “Todo lo que hagas con uno de estos necesitados conmigo lo haces”. Y el que no lo haga así oír la tremenda palabra: “Apártate, maldito, al fuego eterno, porque tuve hambre y no me diste de comer”; y te marginaste tú mismo de esta Iglesia, que llamó desde los pobres a la conversión de todos los hombres.

Mt 25, 40

Mt 25, 41-42

³ Cfr. *Ibid.*

⁴ Discurso de Juan Pablo II ante el nuevo embajador de Bolivia en el Vaticano (17 de marzo de 1979), *L'Osservatore Romano*, 25 de marzo de 1979.

Otra noticia de carácter continental, y por la cual yo quiero pedirles a todos ustedes mucha oración, es que esta semana están reunidos en Caracas, Venezuela, dos representantes por cada país del episcopado, junto con la directiva actual del CELAM, para trazar los programas de los próximos cuatro años y para elegir la nueva presidencia. El CELAM, palabra que quiere decir Consejo Episcopal Latinoamericano, es un organismo de servicio de coordinación que los obispos latinoamericanos instituyeron para dar eso que el Papa dice: “La vigorosa unidad de la Iglesia latinoamericana”⁵. Gracias a ese organismo, los obispos de toda América Latina nos sentimos más enlazados y preocupados de la gran problemática de estos veinte países tan parecidos y tan diferentes al mismo tiempo. Entonces, para que salgan programas muy eficaces y, sobre todo, para que tengamos una presidencia de obispos muy de acuerdo con la preocupación de América Latina, tenemos que pedir mucho al Espíritu Santo para que los electores saquen una buena presidencia de ese cuerpo colegiado del episcopado.

También, a nivel latinoamericano, otra gran noticia que nos va a honrar mucho aquí en El Salvador: la CLAR, otra abreviatura que quiere decir Conferencia Latinoamericana de Religiosos y Religiosas. Miles y miles de religiosos y religiosas que trabajan en los diversos países de América tienen un organismo que se llama la CLAR, la cual se reunió esta semana pasada en la República Dominicana para cambiar también su directiva, para evaluar y para lanzar nuevos programas. El honor para El Salvador es este, que una religiosa del pueblo salvadoreño, la madre Juana Vanegas, Oblata del Sagrado Corazón, ha sido elegida para vicepresidente de ese Consejo Latinoamericano de Religiosos y Religiosas*. Mientras celebraban su reunión en Santo Domingo, escribieron una carta, que ustedes pueden leer hoy en primera página de *Orientación*⁶, en la que, en nombre de los miles de religiosos y religiosas de América Latina, han expresado un sentido de solidaridad con la arquidiócesis y con el arzobispo de San Salvador. Yo quiero agradecerles cordialmente*.

⁵ Cfr. Mensaje de Juan Pablo II a los obispos de América Latina (23 de marzo de 1979), l.c.

⁶ Cfr. *Orientación*, 25 de marzo de 1979.

Otra noticia por la cual yo también pido una oración de acción de gracias al Señor: que hoy se está celebrando el veinticinco aniversario del Seminario Menor de Santa Ana. Monseñor Barrera ha tenido la bondad de invitarme y voy a tener el gusto de acompañarlo en esta fiesta jubilar, por la cual vamos a pedir mucho al Señor, para que ese seminario sea siempre forjador de sacerdotes tal como los quiere nuestro mundo actual.

Quiero felicitar también —yo creo que quiero unir aquí la oración de todos ustedes— al nuevo sacerdote de nuestra arquidiócesis. Ayer por la tarde, en una pintoresca celebración al aire libre, en Suchitoto, impusimos las manos para ordenar sacerdote a Ezequiel de Jesús Gámez, quien en este momento estará celebrando su primera misa en la iglesia parroquial de Suchitoto. Le deseamos que tenga un sacerdocio muy santo y muy útil para nuestro pueblo salvadoreño.

También saludo a los dos nuevos párrocos de la arquidiócesis: uno en Monte San Juan, Cuscatlán: el padre Benjamín Rodríguez; y otro en la parroquia de San Francisco, Mejicanos: el padre Rafael Palacios. Que este cambio sea para mayor fructificación de ambas parroquias.

Y quiero saludar con agradecimiento, por la cordial acogida que me brindaron, a las parroquias de San José Villanueva, a la comunidad de San José Cortés, a la de San Francisco, Mejicanos, y a la de Suchitoto.

Si no he estado esta semana, hermanos, no ha sido por huir a las dificultades; fue por atender una invitación del Instituto Internacional del Corazón de Jesús, que organizó un seminario de teología y pastoral sobre el culto del Sagrado Corazón en la bella ciudad de Santo Domingo, República Dominicana⁷. Yo traigo de allá mucha riqueza teológica y pastoral para nuestra comunidad. Y quiero decirles, ya que nuestro pueblo es tan devoto del Corazón de Jesús, que se trata de un culto que, renovándolo de acuerdo con las exigencias actuales de la Iglesia, no hay por qué arrinconarlo; al contrario, tratemos de darle, sí, a nuestra devoción al Sagrado Corazón, todo el sentido teológico actual que tiene nuestra devoción popular. Ya habrá ocasión de

⁷ Monseñor Romero partió hacia la República Dominicana el lunes, 19 de marzo y regresó el viernes 23 de marzo de 1979. *Cfr. Monseñor Óscar A. Romero, Su diario*, San Salvador, 2000, p. 127.

tratar este tema más ampliamente. Pero sí, les digo que mi semana en Santo Domingo ha sido de provecho para este trabajo pastoral que trato de llevar entre ustedes.

Desde aquí quiero enviar un saludo a esta región de Honduras donde escuchan todas nuestras homilías; al padre Luis Alonso Díaz, que estuvo también allá, y a su parroquia de Cucuyagua, Copán, Honduras. Que el Señor bendiga esta comunión que mantienen ustedes, queridos hermanos hondureños, con nuestra comunidad arquidiocesana de San Salvador.

Quiero agradecer la invitación y la atenta acogida que se ha dispensado a la conferencia que, junto con otros dos sacerdotes —el padre Jesús Delgado y el padre Octavio Cruz—, vamos a ir a dar a la Universidad Nacional el martes de esta semana, a las 5:00 de la tarde, sobre el papel de la Iglesia en América Latina.

Hechos de la semana

Desde esta perspectiva de nuestra comunidad Iglesia, la cual yo invito, pues, a vivirla cada vez más intensa, más en comunión con el obispo y con el Papa; desde aquí, somos la luz que Cristo ha encendido en el mundo para iluminar las realidades de nuestro ambiente. En mi ausencia de esta semana, por el mencionado viaje a la República Dominicana, han sucedido aquí cosas muy graves. Principalmente, quiero invitarles a reflexionar —que yo no lo hago solo por hablar—, quiero invitarles a reflexionar sobre estos tres hechos: primero, los conflictos laborales; segundo, el asesinato de don Ernesto Liebes; y tercero, la toma de la catedral.

Primeramente, quiero referirme a los conflictos laborales que han provocado una serie de huelgas, de las cuales, sin duda, la que ha tenido mayor repercusión para el país ha sido la huelga de la CEL, que llevó a los trabajadores a suspender la energía eléctrica durante veintitrés horas. No cabe duda que esta medida trajo como consecuencia grandes pérdidas al país, afectó a todos los ciudadanos que gozamos de los beneficios de la luz eléctrica y ha obligado a todos a vivir durante veintitrés horas a la manera como viven todos nuestros campesinos, pobladores de tugurios que nunca disfrutan de la energía*.

Lo primero que creo debemos preguntarnos todos es esto: ¿por qué hemos tenido que llegar en las relaciones obrero patro-

nales a una situación tan tensa como la que estamos viviendo? Yo no creo que la tensión sea fruto solo de los sucesos de estos días ni que haya sido provocada solo por deseos irresponsables de causar intranquilidad en el país, mucho menos creo que sea el arzobispo el que causa todas las huelgas.

Existe en El Salvador, fijémonos bien, existe una estructura social injusta. Esta sí debe intranquilizarnos a todos. Esta es la causa radical de todos estos problemas. Los cauces legales actuales no permiten canalizar los intereses de los trabajadores porque el Código de Trabajo y otras leyes laborales protegen predominantemente los derechos patronales. El mismo Ministerio de Trabajo ha confesado la incompetencia de estas leyes para la situación actual⁸. Las condiciones para que los obreros puedan realizar una huelga legal son tales que la hacen prácticamente imposible estas leyes actuales. El recurso a una inspección del Ministerio de Trabajo para que se impida que se cometan injusticias laborales contra los obreros en los centros de trabajo es una inspección que, en la mayoría de los casos, resulta ineficaz. Es vergonzoso cómo hay enviados del Ministerio que no sientan más cordialmente con los trabajadores y que muchas veces se dejen hasta sobornar por la parte patronal⁹. El que se haya llegado a un corte de energía de veintitrés horas nos debe hacer caer en la cuenta que no solo las leyes laborales, sino también la situación de los obreros, las dos cosas, son insostenibles; por tanto, requieren ser urgentemente revisadas y sustancialmente mejoradas.

Las veintitrés horas sin energía eléctrica ha hecho que la iniciativa privada descubra, hasta ahora, —entre comillas— “los cuadros de indescriptible dolor y verdadera angustia que se vivieron a lo largo y ancho del país por consecuencia de la falta del fluido eléctrico”⁹. Hasta aquí las palabras de ANEP. Ojalá, comento yo, que esta solidaridad sea sincera y los lleve a preocuparse efectivamente por solucionar la grave situación permanente de tantas personas que, día a día, carecen del beneficio de la electricidad y de otros medios más vitales. De lo contrario, esos pronunciamientos de estos días no serán más que un querer utilizar el dolor de los pobres para proteger sus propios intere-

⁸ Cfr. *La Crónica del Pueblo*, 15 de marzo de 1979.

⁹ *La Prensa Gráfica*, 21 de marzo de 1979.

ses y conservar su situación de dominio¹⁰, y conservar su situación de dominio y privilegio con respecto a los trabajadores.

Acerca de las muertes que, según dicen¹⁰, se produjeron como consecuencia del apagón, lamento profundamente el que nuevas vidas inocentes se tengan que añadir a la larga serie de víctimas por causa de la situación actual. El que se hayan producido situaciones graves en los hospitales, a consecuencia de esta huelga, está revelando también otra cosa: la ausencia de equipos adecuados para situaciones de emergencia como la presente. Por eso, yo me adhiero al Colegio Médico de El Salvador, que oportunamente señaló el incumplimiento de funciones del Consejo Superior de Salud Pública y Junta de Vigilancia de la Profesión Médica¹¹.

Los protagonistas del conflicto laboral de la CEL deben reflexionar cuál fue el grado de responsabilidad que tuvieron al no resolver el conflicto pacífica y justamente antes de que se tuviera que llegar a medidas tan graves como el corte de energía eléctrica por veintitrés horas. Los directivos de la institución autónoma CEL, de acuerdo a la resolución conciliatoria del conflicto, no deben tomar represalias en contra del sindicato y sus dirigentes; y los trabajadores, ahora que son más conscientes de la fuerza que tienen si se organizan y se apoyan unos con otros, no deben abusar de ese poder, sino usarlo en beneficio del bien común, que no puede estar ajeno de los intereses de las mayorías trabajadoras, así como también deben tomar en cuenta, proporcionalmente, las necesidades de los patronos. Con esto, no quiero decir que, por temor al abuso de los trabajadores, se les deba impedir su legítimo derecho de organizarse o se les deba perseguir o reprimir brutalmente. El hacer eso es también abuso de poder, ya sea de la parte patronal, ya sea del Gobierno.

Lo que hay que hacer es encauzar ambos poderes con leyes justas. Y por eso, yo invito en esta ocasión a los abogados, a todos los competentes en la materia, también a los sindicatos, a los patronos, a que colaboren con el país proponiendo una legislación laboral que tome en cuenta los diversos intereses y los defienda imparcialmente. Debo reconocer que, gracias a Dios, el

¹⁰ Cfr. *La Prensa Gráfica*, 21 de marzo de 1979.

¹¹ Cfr. Pronunciamiento del Colegio Médico de El Salvador, *La Prensa Gráfica*, 24 de marzo de 1979.

Gobierno, en este conflicto de la CEL, no ha reaccionado brutalmente como en otras ocasiones. Espero que siga siendo superior a esas fuertes presiones que lo quieren obligar a tomar medidas represivas injustas en contra de los sindicatos. Considero que su función debe ser propiciar un diálogo abierto entre las distintas partes y crear canales legales efectivos y justos*.

Ha habido, en la empresa Delicia, conflicto también muy grave. Yo quiero suplicar, a ambas partes, que tomen actitudes constructivas y agilicen la negociación, con el fin de llegar a una solución justa. Y tengo aquí para ustedes, queridos obreros que están en la huelga en la fábrica Delicia, una súplica. ¡Ojalá me la escuchen! El licenciado Napoleón Mina, empleado de la fábrica Delicia en huelga, se encuentra como rehén de los huelguistas y no lo dejan salir pese a que este día, ayer, se murió su mamá, y se encuentra inconsolable porque no podrá verla por última vez. Mi súplica a los huelguistas es que vean cómo arreglan para que el licenciado Mina vaya a dar este tributo de cariño filial a su querida madre. “No hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti”. Por mi parte, quiero decir al licenciado Mina que en esta misa de catedral vamos a pedir una oración especial por el eterno descanso de su mamá y, si me queda tiempo, iré a verla en su nombre, por si él no puede ir.

Tb 4, 15

Ahora, hablemos un poco de los otros casos. Otro de los sucesos es el desenlace trágico que están teniendo los cuatro secuestrados. Tengo que lamentar el que las FARN hayan asesinado al señor Ernesto Liebes¹². Me duele que en El Salvador haya una familia más que sea víctima de la violencia. A todos los parientes del señor Liebes les expreso mis condolencias y ofrezco mis oraciones por el difunto. Toda muerte violenta me ha conmovido siempre, también la de los policías de las bombas. Como lo dije desde Puebla, por medio del diálogo telefónico que publicamos en *YSAX*, porque yo sigo creyendo lo que dije en el entierro del ingeniero Borgonovo y del padre Navarro: “Toda vida es sagrada, sea de rico o sea de pobre”. Repito una vez más que no se puede endiosar la violencia convirtiéndola en

¹² El cadáver de Ernesto Liebes apareció en la noche del día 21 de marzo dentro de un vehículo en la colonia Montserrat de San Salvador. Cfr. *La Prensa Gráfica*, 22 de marzo de 1979.

fuente única de justicia. El papa Juan Pablo II esta semana dijo que ninguna persona puede ser sacrificada en aras de intereses políticos, aunque estos sean justos¹³. Espero que no corran la misma suerte los demás secuestrados. Para ello, me uno a las peticiones de sus familiares, de la Cruz Roja Internacional, de Amnistía, de la Comisión de Derechos Humanos. Y hago un nuevo llamamiento a los de la FARN para que busquen una solución que no implique sacrificios de vidas humanas. ¡Ya basta!

Creo que también es deber solidarizarme con el dolor de las madres y familiares de ciento trece desaparecidos y pedir nuevamente al Gobierno que deponga su actitud de hermetismo. Aquí tuviera yo muchos nombres que agregar de madres y esposas que siguen llegando, con lágrimas en sus rostros, denunciando atropellos de los cuerpos de seguridad, allá en los cantones, sobre todo.

Yo pido al Gobierno que libere a todos los desaparecidos que tiene en su poder o que informe qué ha hecho con ellos. Esto me parece que debe hacerlo por honradez, no por debilidad; por justicia, no por transigir con terroristas*. El Gobierno ya no puede seguir negando que ha capturado a estas personas, cuando hay pruebas evidentes de ello, pruebas que han sido reconocidas por organismos internacionales, como la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA, Amnistía, etcétera.

Me consta que la mayoría de los familiares de estos desaparecidos han agotado todos los medios posibles para saber el paradero de sus seres queridos. Han acudido, infructuosamente, al recurso de exhibición personal —la Corte Suprema de Justicia, cada vez más sorda—, han escrito cartas al presidente, han pedido apoyo internacional, han hecho manifestaciones, huelgas de hambre, etcétera. Ya es hora de que se les oiga y así se evite de raíz que se quiera seguir utilizando la violencia para lograr la libertad o la información de los desaparecidos. Desgraciadamente, hasta ahora, el Gobierno no solo no ha depuesto su actitud de hermetismo, sino que continúa desapareciendo capturados. Entre el 15 de febrero y el 11 de marzo, en menos de un

¹³ Cfr. Alocución de Juan Pablo II al comité de gobierno del Instituto Internacional de los Derechos Humanos (22 de marzo de 1979), *La Prensa Gráfica*, 23 de marzo de 1979.

mes, han desaparecido cinco personas más, cuyos nombres pueden leerse en *Orientación*¹⁴.

Por último, un breve comentario sobre la toma de la catedral. Diferentes organizaciones en estos últimos días han estado utilizando esta medida para lograr hacer oír su voz o protesta en contra de algún hecho¹⁵. ¿No se dan cuenta que con ello están impidiendo, estorbando, la labor pastoral profética de la arquidiócesis? Que ya esta Iglesia, gracias a Dios, está cumpliendo su misión, que el Papa dijo: “Llamar las injusticias por su propio nombre”¹⁶. No suceda lo que dicen del que rompe la sombrilla que lo está defendiendo de la lluvia. Por ello pido, a los cristianos y hombres de buena voluntad, que se abstengan de participar en este tipo de acciones. La toma de la catedral no es un recurso eficaz.

Espero que en adelante no tenga que haber cortes de energía eléctrica de veintitrés horas, asesinatos de los secuestrados, para que caigamos en la cuenta de los males estructurales que afligen a nuestro país. Un solo camino es el más eficaz y es la palabra de Dios en este domingo: un llamamiento a la reconciliación.

El bautismo y la penitencia, caminos de reconciliación

Les decía, al comenzar la Cuaresma, que en la Cuaresma caminaban juntos tres grupos de cristianos: los que ya iban a recibir el bautismo se llamaban los catecúmenos, se preparaban en el bautismo; los que habían sido infieles al bautismo se llamaban los penitentes, cubiertos de ceniza, iban peregrinando pidiendo misericordia; y los fieles, que, gracias a Dios, no tenían que lamentar traiciones a la ley de Dios. Pero los tres se sentían un solo pueblo necesitado de la única misericordia; y, por eso, el

¹⁴ Las personas desaparecidas son: Daniel Coello Flores, Óscar Jiménez Ruiz, Eleuterio Hernández, Marciano Meléndez Dueñas y Atilio César Franco. Cfr. “¿Dónde están?”, *Orientación*, 25 de marzo de 1979.

¹⁵ El 11 de marzo de 1979, la catedral fue ocupada por el Bloque Popular Revolucionario; y el 21 de marzo de 1979, por el Comité de Madres y Familiares de Reos y Desaparecidos Políticos de El Salvador, Cfr. *La Crónica del Pueblo*, 12 y 21 de marzo de 1979.

¹⁶ Cfr. Discurso de Juan Pablo II a los jóvenes en la audiencia general (21 de febrero de 1979), *L'Osservatore Romano*, 25 de febrero de 1979.

Concilio nos invita a que la Cuaresma sea una especie de hermandad de todos los hombres, justos y pecadores. Bautizados, penitentes, pecadores, todos hermanos, todos somos pecadores. Como en el destierro de Babilonia, sintamos la voz del Señor que ya se acerca para liberarnos, pero tomemos de nuestra parte el papel que nos toca: mucha fe.

“De tal manera amó Dios al mundo —dice el Evangelio de hoy— que le dio a su propio Hijo, para que el mundo sea salvo y para que todo aquel que crea en Él...”. Esta es la condición: creer, tener fe, poner en Él la esperanza. Ojalá que todo el pueblo salvadoreño sea hoy la peregrinación de la Cuaresma que, con su fe puesta en Cristo, espera que el domingo de Resurrección nos ha de traer no solo el recuerdo de un resucitado de hace veinte siglos, sino la resurrección verdadera de un pueblo tan postrado, pero llamado tan eficazmente a la resurrección por la misma voz del Señor. Así sea*.

Jn 3, 16